

Monjas y lavanderas

Ni las religiosas de Orduña ni la estatua de Azpeitia parecen una victoria del feminismo

MARÍA MAIZKURRENA



Monjas y lavanderas: dos papeles tradicionales en la comedia del mundo (a veces se solapaban) están de actualidad. El primero, vivo aunque mermando, acaba de dar un golpe en la puerta, la de nuestra atención y la de salida, pues las clarisas de Orduña y Belorado, tan buenas reposteras ellas, abandonan la Iglesia oficial, la del Papa de Roma. Tenemos cisma. En cuanto a las lavanderas, este fue un oficio típicamente femenino en Occidente cuando no había máquinas lavadoras, y por eso la escultura concebida y ejecutada por Josu Azkue quiere ser un homenaje a ese trabajo y a quienes lo hacían, como profesionales o como parte de la profesión de criadas y esposas de maridos que no podían mantener a una criada, salvo que lo fuera su mujer.

Así que Josu Azkue se ha preguntado: ¿qué es una mujer? Ante todo, un buen culo y unas buenas tetas. Y así ha representado a su lavandera con un busto no solo abundante, sino enfundado en un 'wonderbra', y con unas caderas aprisionadas en un vestido que habría puesto muy difícil el trabajo de lavar la ropa a quien lo llevara. Ha añadido el toque de unos morritos sensuales que se adelantan hacia el espectador en un gesto no se sabe si desafiante o sugerente (o ambas cosas), y ¡voilà!, he aquí una imagen poderosa y empoderada de la diosa del amor.

El gobierno municipal de Azpeitia ha rechazado la obra porque «no responde a la tipología de las lavanderas de la época». Es verdad. 'Alguien' (siempre hay alguien) cree que el rechazo se debe a una visión pacata en cuya raíz está la idea de 'pecado'. El único pecado aquí, sin embargo, es artístico. Se llama 'kitsch'. Y el 'kitsch' tiene siempre una faceta estética y otra ideológica, la cual se cuele en las intenciones y en los efectos. El pecado de Josu Azkue es el mismo que cometió Emanuele Stifano cuando dio forma y materia a su Espigadora. Aquella escultura (bronce entonces, no mármol de Markina) se colocó en Sapri en 2019 y la diputada Laura Boldrini tuiteó que era «una ofensa a las mujeres y a la historia que se supone que celebra». «El machismo es uno de los males de Italia», dijo.

En cuanto a las monjas de Orduña (y Belorado), parece que se rebelan, que protestan, que denuncian, pero se ponen a las órdenes de un personaje pintoresco, algo siniestro y muy estrofalario: el 'obispo' Pablo de Rojas, que ha salido del siglo XIX como la Lavandera de Azpeitia. Al fondo, un lío de inmuebles. Las Hermanas Pobres de Santa Clara ya no reconocen a ningún Papa posterior a Pío XII. Así lo exige la Pía Unión de San Pablo Apóstol, sociedad fundada por don Pablo de Rojas en Bilbao en 2005. Nuestras arriscadas monjas están ahora 'bajo la tutela' de este caballero. No parece esto, tampoco, otra victoria del feminismo.

Escenarios catalanes de gobernabilidad

ANTONIO SANTAMARÍA

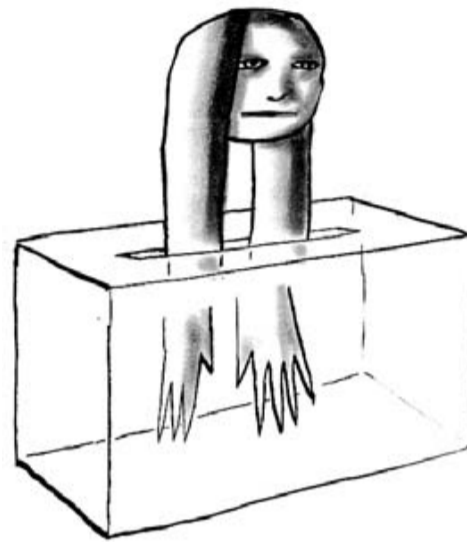
Periodista y ensayista sobre el nacionalismo catalán

El más viable es una coalición PSC-Comuns con apoyo parlamentario de ERC

Las elecciones catalanas, con una alta abstención, se celebraron bajo el impacto del colapso de Cercanías Renfe por un robo de cobre. Una suerte de símbolo de la situación tragicómica por la que atraviesa el país. El escrutinio señaló un cambio de ciclo político después de más de una década 'procesista' y tras una campaña dominada por dos relatos: el pasar página del 'procés' de Salvador Illa y el acabar el trabajo pendiente desde 2017 de Carles Puigdemont. Todo ello, con el telón de fondo de la ley de amnistía que, contra pronóstico, fue la gran ausente.

Cuatro factores indican que se ha cerrado un ciclo político y se abre una nueva etapa. Primero, la amplia victoria del PSC que, por primera vez desde la restauración de la autonomía, se impone con claridad en votos y escaños. Ahora bien, mientras los socialistas ganaron en las zonas costeras y densamente pobladas de las áreas metropolitanas de Barcelona y Tarragona, Junts lo hacía en Girona, Lleida y las comarcas de la Catalunya central. La lista de Comuns-Sumar, tras las debacles de Galicia y País Vasco, resistió mejor de lo esperado. Solo pierde dos de sus ocho escaños, y continúa siendo clave para la conformación de mayorías de izquierdas en la Cámara.

Segundo, la pérdida de la mayoría absoluta de las tres formaciones independentistas (Junts, ERC y CUP), fundamento político e institucional del proceso soberanista. La victoria socialista no se explica sin un trasvase de voto entre los bloques independentista/no independentista, imposible en los años del 'procés'. Junts per Puigdemont, que crece tres escaños, solo ha podido capitalizar una pequeña parte de la caída del voto independentista de izquierdas que en Catalunya, a diferencia de Galicia y País Vasco, experimenta un notable retroceso. ERC pierde 13 de sus 33 escaños y la CUP cinco de sus nue-



JOSE IBARROLA

ve diputados. El análisis territorial del voto indica que sectores del electorado de Esquerra votaron a Illa. Acaso por ello, Puigdemont solo ha podido conseguir la mitad de sus objetivos: ha superado nítidamente a ERC como fuerza hegemónica del independentismo, pero no ha podido alcanzar ni el empate técnico con el PSC, ni la mayoría absoluta independentista para acceder a la presidencia de la Generalitat.

Tercero, la desaparición de Ciudadanos, que creció como reacción al ascenso del independentismo y fue en 2017 la fuerza más respaldada con 1,1 millones de votos. Ello comporta la recomposición del espacio de la derecha y la extrema derecha españolas. En las catalanas de 2021, Vox obtuvo 11 diputados, C's seis y el PP tres. Ahora, los populares, con 15 escaños, consiguen su objetivo principal de superar a Vox como primera fuerza de ese espacio, pero sin atrapar voto de la formación ultra, que se consolida y repite resultados. De este modo, estas opciones incrementan en seis diputados su representación en la Cámara.

El cuarto factor radica en la entrada en el Parlament de la formación de extrema

derecha independentista Aliança Catalana, surgida en Ripoll tras los atentados islamistas de Barcelona y Cambrils, con un escaño por Lleida y otro por Girona y que, por un puñado de votos, no ha logrado representación por Barcelona.

Ciertamente, se trata de un resultado muy complejo de gestionar de cara a la gobernabilidad del país. Unas incertidumbres que no se despejarán hasta las próximas elecciones europeas. Sobre la campaña pesó la espada de Damocles de la repetición electoral, que no puede descartarse por los vetos cruzados entre los partidos con representación parlamentaria. El veredicto de las urnas únicamente deja dos opciones razonables: o investidura de Salvador Illa, mediante alguna combinación de geometría variable, o vuelta a las urnas.

ERC, a pesar del descalabro, retiene la llave de la gobernabilidad y sin ningún incentivo para repetir los comicios. Tras la dimisión de Pere Aragonès, su apuesta como líder de futuro después de Oriol Junqueras, afronta una profunda crisis interna que, de momento, le ha conducido a desmarcarse de formar parte de un Gobierno presidido por Puigdemont o por Illa. Una repetición electoral sería una segunda vuelta que polarizaría el voto entre ambos presidenciables y debilitaría aún más a Esquerra, cogida entre dos fuegos.

Así, si descartamos la gran coalición socioconvergente que debería pasar por el cadáver de Puigdemont, el escenario de gobernabilidad más viable sería un gobierno de coalición PSC y Comuns-Sumar, presidido por Illa, que precisaría tanto para la investidura como para la gobernabilidad del apoyo parlamentario de ERC. Una negociación donde también contaría la gobernabilidad de la ciudad de Barcelona aún por resolver. Una fórmula que se asemeja, pero invertida, a la que permitió a Aragonès ostentar la presidencia de la Generalitat en minoría parlamentaria con el apoyo del PSC durante dos años.

El 'procés'

ROSA PALO

El domingo, el lío del 'procés' se detuvo. Al menos, de momento. Pero como este país no se acaba nunca, mientras que unos desactivan el independentismo, otros ponen en marcha el suyo. U otras, que lo digo por las monjas de Burgos que están en 'procés' de desligarse de la Iglesia. Eso sí, no han soltado una liana sin coger otra, y han ido a refugiarse bajo las faldas del obispo preconciliar Pablo de Rojas. Dicen que detrás del asunto hay un tema inmobilia-

rio. 'Cherchez l'argent', para variar.

En EL CORREO ya le entrevistaron en 2008, y los dos periodistas que fueron a visitarle a su piso de casi 300 metros en el centro de Bilbao se quedaron traspuestos: hablaba en plural mayestático, no reconocía a ningún Papa desde el Concilio Vaticano II y se declaraba monárquico de los Austrias, «que los Borbones son franceses». De remate, a la redactora, Isabel Urrutia, una criada le tapó el pelo con una mantilla. No sé si se le caería, como se le cayó

el pañuelo a Ana Pastor cuando entrevistó a Mahmud Ahmadineyad, pero tenía que dar más miedo el ranuro que el iraní.

Por mi parte, yo estoy inmersa en mi propio 'procés' de independencia. El de desvincularme de la tiranía de la estética, que eso sí que es un estado opresor. Que lo que se han de comer los gusanos quieren disfrutarlo los cirujanos, y que llevo un mes recibiendo mensajes para que me planche la ojera, me rebane los muslos, me suba las tetas a las amígdalas y me opere hasta los órganos. Qué martirio, ni el de santa Águeda, que a ella solo le hicieron una reducción de pecho. En contra de su voluntad, claro. Pero o me independizo o me someto y me opero. Aunque también puedo optar por la tercera vía: meterme a monja preconciliar. Debajo del hábito no se ve nada.

